

DOMINGO XIX DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (1º Reyes 19, 9a.11-13a): *Sal y permanece de pie en el monte ante el Señor.*

Salmo (84, 9ab-10.11-12.13-14) *«Muéstranos, Señor, tu misericordia y danos tu salvación»*

2ª lectura (Romanos 9, 1-15): *Solo mi conciencia atestigua que es así.*

Evangelio (Mateo 14, 22-33): *¡Ánimo, soy yo, no tengáis miedo!*

El mar de Tiberíades, conocido también como lago o mar de Galilea, se presta a turbulentas tempestades ocasionadas por la corriente de aire que desciende por la cuenca del alto Jordán. Lo que supone una superficie tranquila y serena aterroriza a los pescadores que se sienten golpeados por esa imprevisible tempestad con que se les sorprende. Esta anomalía había alejado la barca de los discípulos de Jesús, que les debía esperar en la otra orilla del lago cuando el Maestro acabase su oración en el monte.

Tanta era su inseguridad en la lucha contra la tempestad que acabaron confundiendo al Señor con un fantasma. Pero Jesús les infunde ánimo y se deja reconocer por Pedro quien, lleno de una fe todavía débil pide a su Maestro que le permita acercarse a Él y que le conceda caminar también él sobre las aguas. Pero pudo más el temor al viento que su fe en el Señor y eso hizo que comenzase a hundirse gritando y pidiendo socorro al Señor. Reconoció Pedro su debilidad y confesó que la salvación le venía del Señor. En medio de la duda Pedro reconoció que sólo el Señor concede la fuerza en la debilidad, que de nada valen las presunciones y recursos propios sino han sido aceptados y administrados como el Señor nos los ha dado.

No somos nosotros los que decidimos donde tiene que manifestarse Dios; a nosotros nos toca bregar en la barca y tratar de vencer las dificultades que la tempestad nos ocasiona; algunas veces tenemos que alejarnos de aquellos peligros que intentan desestabilizar nuestra fe y confianza en el Señor; tenemos que emprender un largo camino y buscar refugio en el monte donde se manifiesta el Señor y allí esperar con paciencia que pase el Señor. Elías el profeta esperaba ver al Señor en medio de la tempestad y sólo le vio pasar cuando sopló una brisa suave. Y es que al Señor Dios no se le reconoce donde uno quiere sino allí donde el Señor se manifiesta. Lo que sí es cierto es que tan pronto aparezca el Señor y le reconozcamos tal cual Él es, desaparecerá en nosotros esa falsa confianza que nos lleva a confundir la fe como un seguro que nos permita caminar sobre las aguas.

Solemos definir a las personas por el estilo de su comportamiento, por el aire que le dan sus decisiones y criterios, por el ánimo que infunden a todo su ser y actuar: hay pobres de dinero y de otros recursos materiales, pero que afrontan la existencia con un garbo que oxigena todo lo que les rodea, que transmiten y testimonian que son criaturas de Dios; pero, que necesitan de su aliento vital.

Todavía hay quien piensa que creer es alcanzar la seguridad protectora de un Dios que se hace presente y manifiesto a algunos elegidos. A partir de entonces todo parece seguro y la vida tranquila. Como dice el salmo hoy: **«El Señor nos dará la lluvia y nuestra tierra dará su fruto»**. Pero Elías, un profeta que había luchado mucho por avanzar en la percepción humana sobre Dios y en el camino hacia el reconocimiento de un único Dios, frente a la oposición de tantos representantes de otras religiones y otros dioses, tarda en darse cuenta de que ese único Dios al que accede es muy complejo y difícil. Si lo cree grande se le muestra pequeño, si poderoso aparece débil, si milagroso se niega a hacerlos, si mágico se empeña en ser lógico. No es fácil ser creyente cuando la vida resulta tan compleja.

No es fácil manipular a Dios como uno querría cuando este Dios no se presta a ser un mayordomo. Dios es más complejo que la vida y más difícil que vivir. La vida tiene muchos momentos incomprensibles y tareas muy duras. Las noches pueden presentarse a plena luz del día cuando, de repente, todo se hace oscuridad y no vemos con claridad la dirección a seguir, o cuando las tormentas existenciales, con sus amenazantes vapuleos, nos hacen sentir la pequeñez humana, como a Pedro le ocurre con la superficie del lago que se le mueve como a nosotros nos falla la solidez de nuestras convicciones.

Cuando todo parece venirse abajo como nos pasa con nuestras formas de entender cómo es Dios, solo nos puede quedar algo en pie: la confianza en que Él está. La vida se nos escurre cual agua entre los dedos, cual aire entre las manos, cual helado bajo el sol de verano. Nuestros logros son pequeñas fortalezas que no resisten el tiempo ni los días. Pero Dios sigue estando inaprensible, inalcanzable..., pero estando. Y no es fácil acostumbrarse a un Dios que tiene esa forma de ser, de estar y de actuar sin parecer que está, sin parecer que actúa, pero que es, está y actúa de un modo distinto a como nos gustaría.

Cuando aceptamos sus formas y no pretendemos manipularlo al modo nuestro, descubrimos que es Dios y, tal como nos dice Jesús, un Dios pendiente de nosotros y nuestros sustos, insomnios, tormentas y huracanes existenciales. Eso nos da confianza. La fe no está libre de esa duda permanente que nos impide sucumbir en la vanagloria de sabernos salvados y libres de las acechanzas del enemigo. La fe brota de lo profundo de nuestro ser como un grito necesitado de la salvación que Cristo nos trae en los momentos de zozobra e inquietud, en los que transcurre nuestra existencia. Gritar a Dios pidiéndole que incremente nuestra fe es el único recurso posible para no sucumbir en la petulancia de sentirnos capaces de caminar sobre las turbulentas situaciones que sacuden el mar de nuestra existencia.